

SERMON
PRONUNCIADO EN LA IGLESIA
DE LOS NUEVOS CATHOLICOS
EN PARIS,
EL VIERNES PRIMERO
de Quaresma.

*Diligite inimicos vestros, benefacite his, qui
oderunt vos, & orate pro persequentibus, &
calumniantibus vos.*

Amad á vuestros enemigos, haced bien á los
que os aborrecen, y orad por los que os
persiguen, y os calumnian. *En S. Matheo*
c. 6. v. 44.



Si os exortasemos, Señores, de nuestra
propria, y privada autoridad, ó sobre
un simple fundamento de alguna tra-
dicion humana, á sufrir sin murmu-
rar, y sin quejaros, á vencer la malicia
de otro por vuestra propria paciencia,
á amar indiferentemente á los que os
aborrecen, ó os aman, á pagar aun con
vuestros beneficios la injuria, que os huvieren hecho, y á

tra-

tratar á vuestros enemigos por caridad, como tratariais á
vuestros amigos por reconocimiento: sin duda nos diriais,
y acaso no sin razon, que esto mas era autorizar la injusti-
cia, que sufrirla; que es necesario contener la licencia por
moderadas venganzas; que es natural reprimir las pasiones
de otro por las suyas propias; que mas es pervertir la amis-
tad, que conservarla, el contemplar á los que la des-
precian; que un corazon debe ser la recompensa de otro co-
razon, y que la caridad no puede emplearse bien sino con
los que la practican para con los otros. ¿Y como nos atre-
veriamos por nosotros mismos á anunciaros estas verdades
en un tiempo en que la iniquidad se ha acrecentado, y la
caridad se ha disminuïdo; en que por vanos razonamientos,
y distinciones imaginarias, se ha procurado justificar la ma-
yor parte de los enojos, y de las venganzas; y en que lejos
de tener alguna atencion por sus enemigos, ni aun á sus
amigos se perdona?

Pero hablamos con confianza, puesto que os hablamos
con las palabras de Jesu-Christo. Y asi no deis oïdo á lo
que la carne, y la sangre os revelan, á lo que el mundo os en-
seña, á lo que la naturaleza corrompida os aconseja, á lo que
vuestra debil razon os inspira, á lo que una injusta costumbre
os persuade, á lo que una ley imperfecta parece permitir:
Jesu-Christo es quien habla: *Ego autem dico vobis, diligi-
te inimicos.* El nos enseña, no solamente la caridad, sino
tambien la perfeccion de la caridad, amando aun á nuestros
enemigos. Este es su gran precepto, no hay cosa mas no-
ble que el Evangelio, y en el Evangelio no hay cosa mas
noble que esta ley de dileccion; de lo que nosotros hace-
mos por ellos, hace él la medida de lo que debe hacer por
nosotros; es su grande exemplo, puesto que nos ha ama-
do, y reconciliado con su Padre por la efusion de su sangre,
siendo pecadores, y enemigos; y en fin, es su grande obra,
la qual obra en nuestro corazon, quando habita en él por
la fè, como habla el Apostol; porque lo que nos manda por
su palabra, lo executa en nosotros por su gracia; el mismo

Aa 2

es-

espíritu que nos manda, es el mismo que nos mueve, y nos persuade, puesto que el mismo amor, es el amor de Dios que le dá, y el amor del hombre que le recibe.

Espíritu Santo, Dios de paz, y de caridad, á Vos os toca gravar en nuestros corazones de carne esta ley de amor, y de gracia que habeis traído al mundo. A Vos, que debeis enseñarnos toda verdad, os toca el persuadirnos eficazmente una de las principales que Jesu-Christo nos ha enseñado. Vos solo podeis destruir dentro de nosotros el amor desordenado de nosotros mismos, para poner en su lugar vuestra caridad para con nuestros hermanos: ilustrad nuestros entendimientos, inflamad nuestras voluntades, que así os lo pedimos por la intercesion de Maria:

AVE MARIA.

NO hay cosa tan contraria á la ley, y á la justicia Evangelica, como los odios, las divisiones, y la discordia. El ministerio de Jesu-Christo es un ministerio de reconciliacion, y de paz para los Gentiles, y para los Judios, para los que se acercan á él, ó que se alejan: *Evangelizavit pacem vobis, qui propé, & iis qui longe*, dice el Apostol, (a) él mismo ha venido á ser nuestra paz, haciendo de muchos pueblos una Iglesia, y de muchos fieles un pueblo, y de todos los Fieles como un solo hombre nuevo: *ipse enim est pax nostra... ut condat in unum novum hominem.* (b) Reuniendo de este modo todas las cosas bajo de un principio de caridad, y ahogando en sí mismo sobre la Cruz las enemistades entre Dios, y el pecador, entre el pecador, y el pecador mismo: *Interficiens inimicitias in semetipso.* (c) El nos ha mostrado, que un Cristiano debe ser un hombre dulce, y pacifico, que no sea enemigo de nadie, que ame aun á la persona misma de sus enemigos, y que haga morir en su corazon todas las se-

(a) Ad Ephes. 2. v. 17. (b) Ibid. v. 14. y 15.

(c) Ibid. v. 16.

millas de division, y de odio. Pero yo hallo que hay en la sociedad tres fuentes de discordia, y de odio; el humor, que cada uno sigue casi sin reflexion; porque todo se dá á su natural, y á su proprio sentido; todo el mundo se quiere uno acomodar á sí, en lugar de acomodarse uno mismo á los otros; de aqui provienen aquellas aversiones, que se roman por delicadeza, ó por capricho. La segunda es la pasion, que excitandose por la menor injuria que se recibe, ó que se cree haver recibido, incita á aborrecer, y á vengarse: de aqui provienen las quejas, y todas aquellas funestas consecuencias, que produce un resentimiento quando no se tiene aliento para reprimirle en su nacimiento. La tercera es el interés, que apegandonos á los bienes de este mundo, arma nuestra codicia para adquirirlos, ó defenderlos; de aqui provienen las disputas, los pleytos, las injusticias que se cometen, ó que no se pueden sufrir. Oy dia vengo á enseñaros, *que es necesario que la caridad destruya en vuestros corazones estos odios de humor, estos odios de pasion, y estos odios de interés; y ved aqui toda la division de este discurso.*

PUNTO PRIMERO.

Aunque no haya precepto mas recomendado en la Escritura, que la caridad, y el amor del proximo; aunque no le haya mas necesario, porque vá en él la salvacion de los particulares, y la quietud de la Iglesia misma; aunque no haya tampoco otro de mayor uso, porque las ocasiones de ejercerle son casi continuas; aunque no le haya mas razonable, porque es natural el amarse mutuamente, y sufrirse los unos á los otros; ni mas estenso, porque abraza generalmente á todos los hombres; con todo eso, es el precepto menos observado, y la caridad la mas perfecta de las virtudes, es la mas expuesta, y la mas fragil de todas, dice S. Bernardo. Ella depende de nuestros humores, y de nuestros caprichos; un ayre de espíritu un poco dife-

rente del nuestro, un grado de calor, ó de frialdad mas, ó menos en nuestro temperamento; unos modales un poco menos atentos, que no convienen á no se qué de política, de que uno se precia, son capaces de alterar nuestra imaginacion, y resfriar nuestra caridad.

El mundo está compuesto de ciertas pequeñas contradicciones, que hacen que se desagraden los unos á los otros; la diferencia de costumbres, la desigualdad de inclinaciones, y de hábitos, el encuentro de intereses ocultos, ó conocidos, la diversidad de pensamientos, y de pareceres, y la mezcla de tantos espíritus poco acomodados, ó incompatibles, que son gravosos los unos á los otros, y que no concuerdan, ó por sus vicios, ó por sus virtudes, conservan muchas veces, si no se tiene cuidado, á lo menos la indiferencia, y la frialdad, y aun algunas veces secretas aversiones en el corazón. Se llega á juzgar mal de sus hermanos, porque se tiene buena opinion de sí mismo; no se les ama, porque se ven en ellos prendas que no se estiman; examínanse sus defectos, y se oculta los suyos propios. De este modo se pasa la vida en sufrir, y en quejarse por nada los unos de los otros. Esta es la flaqueza de nuestra naturaleza. Dios en una esencia simplicísima, y una sola forma de divinidad, embuelve todas las esencias, todas las formas, y todas las perfecciones de las criaturas. Y así nada aborrece de lo que hace, nada desprecia, nada juzga indigno de su Providencia; y como lo es todo, lo ama todo: *Diligis enim omnia, quæ sunt, & nihil odisti eorum, quæ fecisti*, dice el Sabio; (a) pero nosotros, que estamos limitados á ciertas condiciones, y qualidades particulares, es imposible que no nos encontremos con otros objetos, que tienen naturalezas, ó qualidades contrarias á las nuestras, y de aquí proviene, que se ofendan, que se resistan, y que aun lleguen á perder la caridad los unos para con los otros.

Pues

(a) Sap. 11. v. 25.

Pues por qué, direis vosotros, ¿no somos igualmente inclinados á la equidad, y á la justicia? ¿De donde nace esta contrariedad de humores, que causa tantas impacencias? ¿No era mejor haver formado sobre un mismo modelo los sentimientos, y las inclinaciones de los hombres? No, Señores, Dios lo ha permitido así, y los Santos Padres dan de esto tres razones diferentes. La primera es, para dar exercicio à muchas virtudes christianas; si nada huviese que estimar en nuestros hermanos, ¿en qué estaria nuestra humildad? Si nada huviese que excusar en ellos, ¿en qué estaria nuestra condescendencia? Si nada sufriesen, ¿en qué estaria nuestra compasion? Si nada tuviésemos que sufrir de ellos, ¿dónde estaria nuestra paciencia? Si todos los hombres fuesen perfectos, no contribuirían los unos á la salvacion de los otros; si todos los hombres fuesen malos, no havria entre ellos, ni union, ni inteligencia: luego es para nuestra comun santificacion el que Dios permita estas diferencias, á fin de que socorramos á los unos en sus flaquezas, imitemos á los otros en sus virtudes, y que si no somos bastante perfectos para sufrir nosotros mismos alguna cosa por Jesu-Christo, tengamos á lo menos el consuelo de sufrir alguna cosa de él en la persona de nuestros hermanos.

La segunda razon es, á fin de tener á los hombres en una especie de igualdad, que los impide el preferirse unos á otros, que les haga ver, que teniendo ellos mismos sus defectos, tienen necesidad de la misma gracia que se les pide, y que sufriendose mutuamente se haga como una justa compensacion de caridad, y de paciencia.

La tercera razon es, á fin de que nos sirvamos como de espejos los unos á los otros, y que en los defectos ajenos nos representemos los nuestros; de otro modo dice San Chrysostomo, seríamos inexcusables, incorregibles, é injustos; inexcusables, si estando tan atentos, y tan ilustrados como lo estamos para descubrir lo que hay de defectuoso en la persona, y en las acciones de nuestros hermanos, carecemos de cuidado, y de luz para conocer, y ver en

sotros lo que aborrecemos, ò lo que despreciamos en ellos, incorregibles, si con el deseo natural que tenemos todos de ser alabados, y de ser queridos, no trabajamos en reformar en nosotros lo que conocemos muy bien, no ser ni loable, ni apreciable en los demás; injustos en fin, si censurando á nuestro proximo, pretendemos eximirnos de la censura, y si hallando razones para reusarle nuestra amistad, no creemos que hallará en nosotros motivo alguno para privarnos tambien de la suya.

Luego no es razon para eximirse de amar á su proximo el decir: Me enfada, no me gusta. No quiera Dios, dice Tertuliano, que la paciencia de un Christiano, que debe estar á prueba de las persecuciones, y de los martyrios, se rinda á estas pequeñas, y frivolas tentaciones, y que la caridad, que debe ser fuerte como la muerte, segun los terminos de la Escritura, ceda, y se apage por unos pequeños disgustos, y por unas pequeñas aficciones de la vida. Digo, pues, que hay una dulzura Christiana que debemos exercer sobre todos, sean, ó no sean de nuestro agrado. Digo Christiana, esto es, que venga de un corazon puro, y de una fé no fingida, como habla el Apostol: porque hay una moderacion mundana, y una circunspeccion politica, que se le asemeja. Hay sus razones para vivir bien con todo el mundo; manifiestase uno exteriormente por demonstraciones de una benevolencia exterior; gananse los animos por afectados officios, y por complacencias estudiadas mas, ó menos, segun lo mas, ó lo menos que se interesa uno en ello. Hay un arte de hacerse amigos á poca costa, de atraerse la atencion por la que se muestra tener por los otros, y de establecer tambien su reposo, no turbando el de los demás. Juzgase, que los bienes, que se hacen, no son perdidos, que estas amistades officiosas producen otras. Siembrase para coger. No es esta la caridad, que Dios manda, es la politica que el mundo aconseja á los que le siguen: esto es saber manejar al proximo, pero no es amar al proximo.

Amar, expresa el afecto del corazon. No basta hacer el bien, es necesario hacerle por un motivo interior, y una sin-

ce-

cera benevolencia. Aun quando yo huviese distribuido todos mis bienes á los pobres, si no tengo caridad, nada soy, dice el Apostol. Es necesario que sea el amor de Dios, quien disponga, é inflame el que tenemos por nuestros hermanos, y que sea el mismo amor quien nos una. A el que le parezca tener el uno sin el otro, es mentiroso, *hic mendax est.* (a) Los hombres naturalmente son inclinados á hacer estas distinciones de Dios, y del proximo. Unos ponen toda su devocion en hacer de quando en quando algunas limosnas, un poco de compuncion de corazon constituye todo el reposo de su conciencia, ya les parece estar llenos de Dios, quando un objeto de compasion les mueve: no conocen otro merito, que ser sensibles á las miserias, que la casualidad les hace conocer. No obstante, no honran á Dios, no tienen, ni respeto á sus Altares, ni veneracion á sus mysterios, ni sumision á su Fé, ni obediencia á sus preceptos. Toda su Religion está en su mano; y con tal que hayan hecho una accion aparente de caridad, se imaginan tener derecho á violar toda la justicia. Separan á Dios del proximo y no aman, ni al uno ni al otro.

Otros al contrario, separan al proximo de Dios; y este es el error, y la mentira ordinaria de la mayor parte de los Christianos. Nosotros pretendemos amar á Dios por orgullosos: que seamos; es necesario humillarse bien contra su voluntad, y á pesar suyo, delante de esta grandeza, y de esta Magestad Suprema. Por insensibles que seamos, somos tocados, mal que nos pese, de esta Soberana Bondad, cuyos efectos sentimos, y nuestra conciencia nos reprehenderia una tan abominable ingratitude. Nosotros gustamos de sacudir el yugo de su Ley: y librarnos de su servidumbre; pero él se sirve de nosotros mismos á pesar nuestro; y sujetandonos á las indispensables obligaciones que impone á sus criaturas, nos hace sentir bien nuestra sujecion, y dependencia. ¿Quién hay que no se crea obligado á servirle, y adórarle, y que no

Tom. 5. Bb. se

(a) 1. Joan. 2. v. 4.

se imagine, que le ama, que le sirve, y que le adora? Pero por lo que toca al proximo, á quien no creemos estar nosotros obligados, le miramos, ò como inferior á nosotros por nuestro orgullo, ó como superior á nosotros por nuestra envidia, ò como fuera de nosotros por nuestra indiferencia, ò contra nosotros por nuestro odio. Nosotros hacemos de él el objeto de nuestros desprecios, la materia de nuestras murmuraciones, y la víctima de nuestro amor propio. Desengañémonos, Señores, aun quando exhalásemos nuestra alma en suspiros, en lagrimas, en votos, y en oraciones, aun quando nuestro corazon estuviese enternecido, movido, è inflamado, en vano nos lisongearíamos de amar á Dios, si no dejamos de aborrecer à nuestros hermanos.

Pero yo no le aborrezco, direis vosotros, aunque tampoco pueda amar sino á los que me aman. Y yo os podria responder con San Chrysostomo, que no tenéis sino una virtud de Pagano, que era necesario redoblar vuestra amistad para ganar al que os ha reusado la suya; que será mucho mayor honor haver obligado à amaros à un hombre, que no estaba dispuesto à hacerlo, que practicando de este modo el Evangelio atraeriais al que se retiraba; que si persiste en su frialdad, tendreis el merito de vuestra caridad, y de vuestra paciencia; y que en fin, que aquel que siendo amado os ama, os paga su amistad con la suya; pero que el que siendo amado, no os ama, deja à Dios el cuidado, y digamoslo así, la obligacion de recompensaros en lugar suyo. Tambien os podria decir con Jesu-Christo, que si no amais sino à vuestros amigos, vuestra amistad no es sino natural; que siendo sin esfuerzo alguno, será sin algun merito, y que siendo sin merito será sin recompensa. Pero paso mas adelante, y digo que si no amais á vuestros hermanos, los aborreceis; que no hay medio entre el amor, y el odio entre los Christianos, porque estando unidos en Jesu-Christo como miembros de un mismo cuerpo, están obligados á unos officios mutuos, y á una reciproca correspondencia. Pero es así que la indiferencia está opuesta á este afecto, y á estos socorros que son necesarios entre los Fieles; luego es una resiliencia de las obli-

ga-

gaciones, y como una extincion de la caridad Christiana; y por consiguiente no es menos criminal que el odio, siendo como una porcion de la muerte espiritual, segun el Apostol: *Qui non diligit, manet in morte.* (a)

De aqui concluyo que la caridad debe ser sensible, y efectiva, que debe tener sus pasiones, y sus acciones, dice San Agustin, para ser sincera, y verdadera. En la desgracia, y en los sufrimientos de otro, tiene sus turbaciones, y sus inquietudes; en el peligro en que están los hombres de perecer perdiendo á Jesu-Christo, tiene sus temores, en la miseria en que caen los hombres separandose de Jesu-Christo, tiene sus melancolias, y sus tristezas; en la esperanza de adquirir almas à Jesu-Christo tiene sus deseos, y sus impaciencias; en la dicha de haverlas adquirido tiene sus alegrías, y sus complacencias; tambien tiene ella sus acciones: porque no solo consiste en palabras, sino en obras, en efectos, y en verdad; no corre sobre las pretensiones de otro, y no se apresura por las suyas proprias; sufre de todos quanto es necesario, y jamás hace sufrir á nadie; regocijase en las prosperidades de otro, y se consuela en sus trabajos, ella lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo, prevee las necesidades, previene los deseos; y en fin, cumple con todas las obligaciones. Y es así, Señores, como amais á vuestro proximo? ¡Oh!

¿Os atreveréis á decir que le amais? ¡Pero ay de mí! ¿De qué especie de caridad me habláis vosotros? ¿Os hace sufrir alguna cosa de aquellos á quienes decís que amais? ¿Os hace pensar en ellos? ¿Os hace aficionar á lo que les conviene? ¿Qué amor es ese, que nada escusa, y que todo lo echa á mala parte, que condena en lugar de defender, que está tranquilo, quando se está en turbacion, y que aun sabiendo las necesidades, las deja sin socorro, y sin asistencia? ¿Qué amor es ese, que tiene todos los efectos de la indiferencia, y del odio? ¿A qué se reducen todas las conversaciones de oy dia? Sino à despedazar à este, á desacreditar á aquella. Ene-

Bb 2

(a) 1. Joan. 3. v. 14.

migos, indiferentes, amigos, todo es igual; de suerte, que no se les podría distinguir en las pinturas que se hacen de ellos. La murmuración es un pecado que cada uno teme, y que cada uno ama; es el recreo de los que hablan, y el placer de los que escuchan: sin esta, la compañía se deshace, las conversaciones se acaban, el mundo ya no tiene gusto; con esta cada uno se alegra, cada uno se insinúa, cada uno se explica felizmente. Y así divertirse á costa de otro, recrearse con la reputación los unos de los otros, ya no es enemistad, ya no es venganza, sino ser de un espíritu alegre, de un buen humor; este es el comercio de todos los hombres. ¿A qué se reduce el estudio, y la aplicación que uno se toma en la sociedad del mundo, sino á dominar por su humor, á sobreponerse, y á ganar algún grado de superioridad los unos sobre los otros? Para esto gusta uno de hacerse amar, ó de hacerse temer por política; á todo el mundo se le dá consejos, y de nadie se quieren recibir: gustase del incienso á manos llenas, y aun no se echa algún grano sobre los que lo merecen, y quando apenas á nadie se respeta, se quisiera ser la amistad, y digamoslo así, el idolo de todo el mundo. De aquí provienen esas disputas, en donde se quiere, no instruirse, sino acreditarse, y en que se combate por la victoria, no por la verdad, ó por la justicia; de aquí aquella libertad que uno se toma de hacer de censor, y reformador, y tener siempre erigido un Tribunal para formar causa á las acciones, y aun las intenciones de los hombres: de aquí, aquella maligna alegría que se siente en descubrir los defectos ajenos, y en establecer su reputación, minorando la de los otros; como si uno ganase sobre ellos toda la estimación que se les hace perder: Vicios contrarios á la paz, y á la caridad Christiana, pero con todo eso comunes entre los Christianos.

Para remediar estos desordenes, y para mantener la paz, y la unión con los hombres con quienes vivimos, el Apóstol San Pedro nos dá una regla, que ella sola puede asegurar nuestro reposo, y el de los demás; merece, que ha-

gais reflexión á ella: *In fraternitatis amore simplici, ex corde diligite attentius.* (a) Amaos con circunspección como hermanos, con una amistad sencilla; esto es, sed simples respecto de los defectos, y de los genios de los otros, y circunspectos tocante á los vuestros. El corazón sencillo, y franco no se resfria jamás, no se ofende ligeramente, no forma falsas sospechas, ni vanas ideas, no se introduce á sondear sin motivo el fondo de las acciones, ó de la conducta, no hace ni de delicado, ni de quisquilloso, quando no viene al caso; no atiende á ciertas pequeñas irregularidades, ni se pica de formalidades inútiles, y no exige ni obligaciones onerosas, ni complacencias forzadas; por esta indulgencia goza de su propia paz, y deja gozar á los demás de la suya; al contrario, es necesario ser circunspectos, y atentos á nuestra conducta; esta circunspección hace que vele cada uno en todas sus obligaciones, que se acomode á las obligaciones de los otros, que los prevenga en honor, y en afecto, que sea sensible á sus necesidades, que se les obligue con ardid, que se le haga valer á su mérito todo quanto vale, y que se tema siempre el ser menos dulce, menos contenido, y menos atento de lo que se debe ser; pero el amor propio invierte este orden, guardamos nosotros nuestra prudencia para examinar al próximo con rigor, y la simplicidad para permitirnoslo todo á nosotros mismos; nosotros queremos que nuestros hermanos sean nuestros amigos, y queremos ser los tyranos de nuestros hermanos; cada uno quiere amar á su próximo comodamente, y él quiere ser amado de todos modos; cercenase uno sus obligaciones, y estienda las de los demás; exigense respetos, y deferencias que no se tienen intención de hacer; todo se quiere reducir á su humor, facilmente se perdona uno todos sus defectos de sociedad, y se sienten todos los que tienen los otros; de aquí provienen los despechos, y venganzas, los zelos, las asperezas, y los odios entre los hombres, por la diferencia de humores; vea-

(a) 1. Petri. v. 22. (b) 1. v. 21. (c)

mos como la caridad debe arreglar los que provienen del resentimiento de las injurias, para el perdón de los enemigos.

PUNTO SEGUNDO.

EL precepto de amar à los enemigos, y perdonar las injurias, es propriamente una disposición de la Ley nueva, y el precepto de Jesu-Christo: *Hoc est preceptum meum.* (a) La prudencia de la carne se ofende de ello, oponese toda la fuerza de la naturaleza, todos los movimientos de un corazón humano se hallan combatidos, y para establecer una ley semejante, no era necesario menos que un Legislador como el que la dió, que la hizo justa por su autoridad, posible por su gracia, santa, y necesaria por su exemplo. Los Philosophos ya havian conservado su reposo, y su tranquilidad en las injurias; pero despreciaban mas à los que les havian ofendido, que à las ofensas que les havia hecho; eran moderados por fiereza, dice San Agustín, buscaban su propia gloria en los sufrimientos, y la paciencia sin humildad es una virtud falsa, é inutil.

Moysés havia reprimido la venganza, condenando à cada uno à sufrir la misma pena que havia hecho sufrir à los otros: *Oculum pro oculo, dentem pro dente.* (b) Pero esta justicia podia llamarse la justicia de los injustos, segun San Agustín; esto era moderar la colera, pero no era apagarla; era quitar el exceso de la venganza, pero era dejar el deseo de ella; y así, aunque fuese justo castigar al ofensor, añade este Padre, aunque el ofendido solicitase él mismo este castigo, aunque le desease, aunque se alegrase de ello, estaba reservado à Jesu-Christo el traer al Mundo este ultimo grado de caridad para perfeccionar esta ley, que convenia á un pueblo imperfecto, y grosero, qual era el Pueblo Judaico, por un Evangelio de paz que convino à un

(a) Joann. 13. v. 34. (b) Exod. 21. v. 24.

pueblo santo, y escogido qual debía ser el Pueblo Christiano.

Este es el motivo porque le llama él mismo un Mandamiento nuevo: *Mandatum novum do vobis.* (a) Nuevo en quanto al exemplo, que dió él mismo; ya se han visto esclavos morir por sus amos, pero no amos por sus esclavos. Nuevo en quanto al principio, porque el Evangelio ha comunicado en abundancia el espíritu de dilección, y de caridad, que la ley no proveía, y que la promesa de gracia no daba en el Antiguo Testamento, sino con corta medida. Nuevo en quanto al motivo, porque la Ley obligaba al amor de Dios, y del proximo por los terrores de la indignación, y de las maldiciones de Dios, ó por las promesas de las bendiciones temporales; quando el Evangelio nos mueve à ello por el amor que Jesu-Christo nos ha tenido, por la adopción, que nos ha adquirido, y por la felicidad eterna, que nos ha destinado. Nuevo en fin, porque es un precepto que es necesario renovar todos los días en nuestros corazones, para que las codicias, y deseos que se apegan à él, no se hagan los Señores, y se deje envejecer por un peligroso descuido un cierto habito de odio casi insensible, y un retiro secreto, que se renueva todas las veces que se vea, ó que oyga hablar de aquellos de quienes se cree no tener motivo de estar satisfecho.

Pues si esta es la ley del Evangelio, se puede decir que esta ha sido una de las principales pruebas del Evangelio; y que si Jesu-Christo ha establecido esta perfecta caridad, esta caridad bien observada, no ha servido de poco para establecer la Fé, y la Religion de Jesu-Christo, habiendo sido la paciencia de los Martyres, dice San Agustín, como el fundamento de la grandeza, y de la gloria de la Iglesia. Su dulzura se acomodaba con su valor, no resistian, ni se rendian, tenían un corazón capaz de sufrir, y de perdonar; humildes, y generosos à un mismo tiempo, no perdian ni la caridad por sus Tyranos, ni la paciencia en sus suplicios;

(a) Joan. 13. v. 34.